



UN HOMBRE LLAMADO SCHLIEMANN Y UN SUEÑO LLAMADO TROYA

Pilar Luis Peña

Hace unos meses cayó en mis manos un libro que me ha hecho reflexionar bastante porque me ha roto algunos esquemas sobre la historia en general y sobre la historia de la ciencia en particular. Se trataba de la autobiografía de Heinrich Schliemann, uno de los padres de la arqueología tal y como hoy en día la conocemos, además de gran políglota, erudito y destacado comerciante. Quizá pueda sorprender que 'Buran', una revista para los estudiantes de carreras técnicas, prácticas, publique un artículo sobre uno de los capítulos que constituyen la historia de la Arqueología, la ciencia que se dedica al estudio de la antigüedad, que aparentemente no tiene aplicación en la vida cotidiana, pero sobran las palabras para explicar la necesidad que tenemos de no limitarnos a una de las facetas del conocimiento humano, pues no sólo tendremos que enfrentarnos a problemas técnicos en la vida. Además de que posiblemente cuantos más aspectos de la vida seamos capaces de entender, también tantos más aspectos seamos capaces de vivir.

PILAR LUIS PEÑA es proyectista del Departamento de Teoría de la Señal y Comunicaciones.

Troya, también llamada Ilión, fue la ciudad donde el gran poeta griego Homero situó la acción de la guerra entre los aqueos (pueblo que vivió en la actual Grecia) y los troyanos (los habitantes de la ciudad de la que reciben el nombre y situada en el Asia Menor cerca del Bósforo) durante el



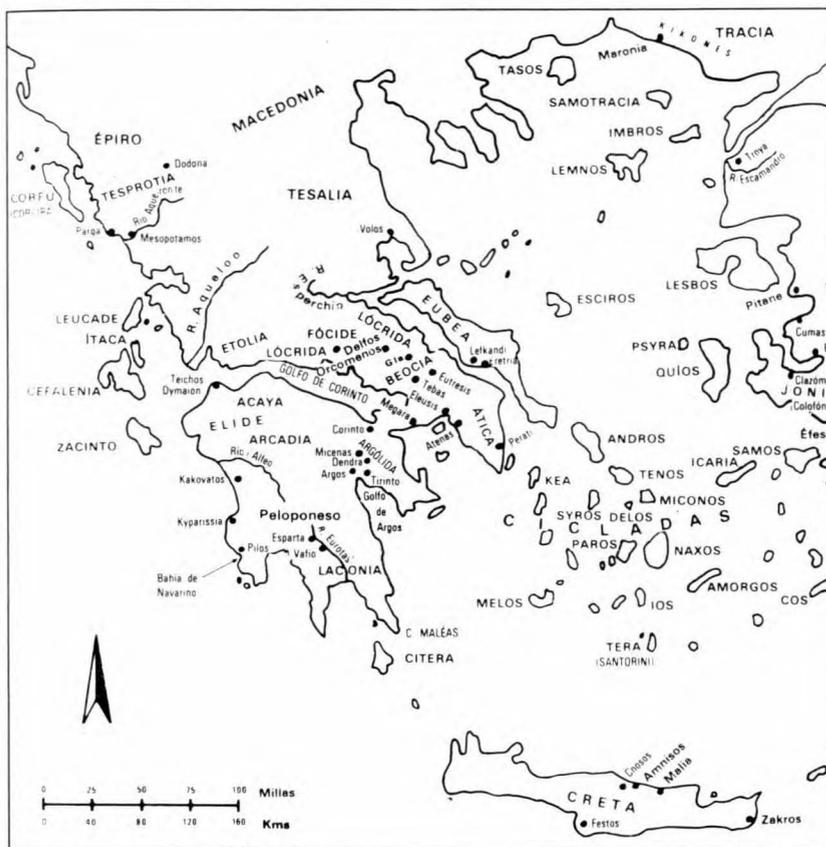
Heinrich Schliemann.

segundo milenio antes de nuestra era. El poeta narra la guerra en un poema épico, La Ilíada, en el que ensalza el valor de los héroes de los dos bandos y termina, como todos ya debéis saber, con la conquista de Troya y su posterior incendio. Debido a la antigüedad del poema, s.VIII a.C., y sobretodo a que nunca se había encon-

trado ningún resto de la ciudad, era ampliamente admitido que tal ciudad sólo había existido en la imaginación de Homero quien, a la vez, aún hoy en día se duda que se tratase de un solo hombre. No fue hasta el siglo pasado que Schliemann desenterró la ciudad y logró convencer al mundo entero que existía y no sólo era el producto de la mente de un poeta.

Nuestro personaje nace en el pueblecito alemán de Neubouk el 6 de enero de 1822 y viene a ocupar el quinto puesto entre los nueve hijos de Ernst Schliemann, el pastor protestante de la aldea. Quizá lo que más llama la atención de Schliemann desde su niñez es la riqueza de matices de lo que sería su personalidad, pues por un lado es fuertemente imaginativo y se creía todas la leyendas que le contaban, mientras por el otro es increíblemente tenaz y práctico en el campo de la investigación, además de tener una fuerza de voluntad de hierro.

Una de las personas que más marcarían su infancia y en consecuencia su vida, sería su padre, pues aunque no era ni filólogo ni arqueólogo sentía una gran admiración por las personas que, por aquellos años, tenían la suerte de ir a las excavaciones de Pompeya y arrancarle a la Tierra los secretos del pasado, admiración que contagió a su joven hijo. Pero sobre todo supo sembrarle en su corazón la pasión por los



Situación geográfica de los principales yacimientos excavados por H. Schliemann.

héroes homéricos, por los héroes de la Ilíada y de la Odisea. Tanto fue así que el joven muchacho pronto no supo hablar a sus compañeros de otra cosa; por lo que es obvio lo que le entristeció saber que su soñada Troya había desaparecido de la faz de la Tierra. Pero dado su abnegado carácter no le faltaron ocasiones para reavivar su sueño de convertir en historia las leyendas Homéricas. Tanto es así que en las Navidades de 1829, cuando apenas contaba con ocho años de edad, sus padres le regalaron una Historia Universal para niños ilustrada, y no fue pequeña su alegría cuando descubre una magnífica lámina sobre el incendio que acabaría con la mítica ciudad de Troya. Ni corto ni perezoso va corriendo ante su padre y exclama:

-¡Padre, debes estar equivocado! ¡Troya existe! de lo contrario ¿cómo han podido hacer este dibujo? a lo que su padre contestó sin ocultar su sorpresa:

-Pero hijo, no te das cuenta de que el dibujo es imaginario...

Pero parece ser que su joven

hijo no conocía la palabra resignación, por lo que tras unos segundos de reflexión, con sus apenas ocho años de edad y con un tono de determinación exclama:

-¡No padre, no! si algún día estos ciclopeos muros existieron no pueden haber desaparecido de la faz de la Tierra, en todo caso deben estar cubiertos por los escombros y el polvo de tantos siglos. YO EXCAVARÉ TROYA ALGÚN DÍA.

El padre ante la impetuosidad de su hijo, ya no se atrevió a articular palabra, tan solo insinuó una sonrisa entre burlesca y compasiva, sin saber ciertamente la verdad que encerraban las palabras del niño.

La verdad es que he hecho hincapié en esta anécdota de infancia, pero ha sido por la importancia que tuvo durante el resto de la vida de nuestro protagonista, pues él mismo escribió en la autobiografía de su décimo y último libro 'Ilios'.

'¡Doy gracias a Dios de que en los cambios de mi azarosa existencia nunca me abandonara la fe en la existencia de Troya!' Fe que mantuvo

vivo mi sueño de infancia durante los cincuenta años que tardó en convertirse en realidad.

Y razón tenía Schliemann para decir tales palabras, pues desde los nueve años y a razón de la muerte de su madre, comienza la 'Odisea' del hombre que estaba destinado a hacer realidad 'La Odisea' homérica.

Por problemas económicos en la familia y a pesar del gran amor que sentía por la ciencia, a los catorce años se ve obligado a dejar los estudios y comenzar a trabajar en un almacén en condiciones infrahumanas de cinco de la mañana a once de la noche sin más horizonte que el trabajo. Tanto es así que con diecinueve años decide embarcarse en el Dorothea rumbo a América del Sur, con el fin de probar suerte en el nuevo continente. Pero tras diez días de lucha contra las inclemencias del tiempo, el barco naufraga delante de las costas holandesas. Es entonces que el que llegaría a ser uno de los hombres más ricos de su siglo, pues llegó a poseer el equivalente a 20.000 millones de dólares de hoy día, se vio obligado a mendigar e incluso a simular enfermedad para sobrevivir en el hospital. Nuestro personaje no se podía creer la situación y cuando ya estaba decidido a enrolarse en el ejército, tiene la suerte de conseguir un trabajo como 'mensajero' que no sólo le proporcionaría el dinero para subsistir, sino el tiempo para reanudar sus estudios. Dada su practicidad y sus deseos de superarse en la vida, se dedica al estudio de las lenguas modernas y es así que desarrolla un método de estudio que le permitió en sólo seis meses dominar el inglés, en otros seis meses el francés, logrando tal agilidad que para estudiar el italiano, el portugués, el español y el holandés sólo le bastarían seis semanas para cada uno de ellos. Consiguió gracias a las lenguas un trabajo mucho mejor, en el que ya dispondría de un buen sueldo, pero en vez de 'dormirse en los laureles', decide seguir luchando para ganar el dinero que permitiría algún día entregarse al mundo de la Arqueología. Es por ello que pone todo su afán en el estudio de lo impensable: la lengua rusa, que dominaría en otros seis meses y que se convertiría en el último trampolín

para su triunfo comercial, pues le permitiría marchar a San Petersburgo, la capital de Rusia en aquellos años, cuando contaba con veinticuatro años de edad. A partir de este momento, todo son triunfos comerciales hasta que con la edad de cuarenta y seis años, considera que ya tiene los recursos y la formación necesaria para ir en busca de su adorada Troya.

Decir también que en este último período de actividad comercial, siempre encontró el tiempo para el estudio tanto de la arqueología como de otras lenguas (al final de su vida llegó a conocer una veintena) desde el árabe al polaco, desde el sueco al indostaní o el sánscrito o el latín, pero en especial su querido griego por medio de todos los clásicos, pues no sólo estudió a Homero sino también a Sófocles, a Esquilo, a Eurípides, a Platón y a tantos otros.

En este punto me gustaría llamar la atención sobre dos hechos:

-Por un lado que fuera capaz de abandonar el mundo comercial tal y como lo hizo, pensad que con su edad y con la facilidad que tenía para los negocios no era nada fácil.

-Por otro lado vale la pena señalar el valor que tiene ser soñador y al mismo tiempo enormemente práctico como en el caso de este gran hombre. Si sólo se es práctico faltan las perspectivas de superación y si sólo se tienen buenas ideas que no se saben llevar a la práctica no sirven de

nada.

Es así que tras conseguir los permisos pertinentes, nuestro 'acomodado' personaje marcha a la península de Asia Menor, a la zona del Helesponto con el fin de comenzar las excavaciones de Troya. Le bastaron once meses tras siglos de especulación de muchos 'eruditos' para hacer justicia sobre la obra del poeta griego. Tras siglos de olvido, lo que había sido verdad para Platón y Tucídides volvía a convertirse en verdad para el hombre moderno. Vale la pena citar que las dificultades con las que se encontró este personaje al que los arqueólogos oficiales tachaban de 'aficionado que no sabe que hacer con su dinero', no fueron pocas. Entre ellas podríamos mencionar: el frío, los insectos y víboras, los saqueadores, la falta de higiene del lugar y sobre todo el hecho de que a los pocos días de comenzar las excavaciones, se dio cuenta de que el suelo originario de la colina estaba a diecisiete metros de profundidad y que bajo el polvo de tantos siglos no yacía la Troya homérica sino la superposición de seis ciudades, desde los tiempos prehistóricos hasta la época romana, entre los que situó su Troya en el II nivel. Y evidentemente también hay que tener en cuenta que en el siglo pasado no existía la maquinaria de la que disponemos hoy en día, por lo que toda la excavación se realizó a base de pico, pala y carretilla. Pues bien, lo

increíble de este voluntarioso hombre es que durante los primeros meses en que no hacía más que encontrar restos prehistóricos, lejos de echarse atrás, escribía en su diario: 'Las dificultades que encuentro a mi paso, lejos de hacerme renunciar, me dan ánimos para perseverar en la meta que me he marcado, no escatimaré ni tiempo ni esfuerzo, ni dinero para hacerla realidad'.

La verdad es que leyendo estas palabras, uno puede decir ¡Estaba loco!, probablemente fuera así pero ¿qué sería de la historia de la ciencia y del conocimiento humano en general si fuera por estos hombres que se entregan por completo a la búsqueda del conocimiento por delante de sus contemporáneos. Baste recordar las biografías de un Ramón y Cajal, o de un Einstein, o de un Galileo, o de un Miguel Ángel, o de un Leonardo da Vinci o de un Miguel de Unamuno. Parece ser que todos los 'grandes', más allá de ser científicos, artistas o filósofos, tenían en común este profundo amor por la búsqueda del saber, por aportar con sus vidas un granito de arena en la gran obra del conocimiento humano.

Nuestro protagonista, lejos de vanagloriarse al descubrir Troya, exclamó: '¡Ojalá este sublime monumento a la memoria de los héroes griegos se mantenga hasta la eternidad! ¡Ojalá este lugar se convierta en un punto de mira para los futuros

viajeros que pasen por el Helesponto! ¡Ojalá atraiga de ahora en adelante a los jóvenes de todo el mundo que se apasionen por la ciencia y en especial por el mundo griego!'

Este hombre no conoció el descanso ni la ociosidad en los veinte años que le quedaron de vida. Tras Troya vino el descubrimiento de Micenas, para después dar paso a Tirinto, Orocómenos y una segunda ex-



Grabado de las ruinas del palacio de Príamo durante las excavaciones de Schliemann



Puerta de los leones (Micenas).

cavación en Troya. Y en el último año de su vida, dos congresos internacionales costeados por él, en las ruinas troyanas para demostrar al mundo que sus trabajos eran correctos, pues nunca faltaron los críticos mediocres que, sin haber puesto un pie en Troya, lo calumniaban diciendo que era un farsante. También vale la pena recordar que muchos criticaron sus 'negligentes' métodos a la hora de excavar pero ninguna universidad ni instituto europeo ni americano se preocupó de las excavaciones de Troya en los cinco años que separaron la primera y la segunda excavación de Schliemann, tal y como él hubiera deseado. La muerte le sorprendió cuando estaba en Nápoles, estudiando los últimos hallazgos de las ruinas de Pompeya. Pensadlo por un mo-

mento que muerte más digna, lejos de dejarse vencer por los años y por las enfermedades, que no le faltaron, hasta el último día de su vida consiguió vivir el sueño arqueológico de su niñez.

No sé si recordáis cuando en los libros de texto, al hablar de la civilización griega, se cita a Micenas como el origen de la misma y normalmente se habla de la 'puerta de los leones', la puerta de dicha ciudad, como una de las primeras manifestaciones del arte griego, pues bien, todo ello se lo debemos a Schliemann y sin embargo ¿cuantos de vosotros lo sabíais?. En el colegio, nunca me gustó la historia, nunca le encontré el sentido a la memorización simple y fría de unos datos que sin mayor esfuerzo se podía encontrar en los manuales especiali-

zados, y ahora que empieza a apasionarme, me doy cuenta del porqué, faltaban los hombres concretos con sus problemas, alegrías y dificultades. Faltaban los protagonistas de la misma como es el caso de Schliemann, que me la hicieran cercana, que me la hicieran más humana, que me recordara más que lo que hicieron, cómo eran los hombres que la escribieron. Quizá así me hubiera dado cuenta de que no eran tan distintos a cualquiera de nosotros, así podría aprender de ellos. En el caso de Schliemann de su fuerza de voluntad, de su imaginación y al mismo tiempo de su practicidad. Y sobre todo hubiera entendido que la historia no es tan lineal sino más bien tiene sinusoides, momentos más altos y más bajos, quizá hubiera aprendido a mirar en el pasado para encontrar soluciones para el futuro, pues al fin y al cabo, la historia explica las muchas respuestas al mismo problema de convivencia humana.

Grecia ha levantado un panteón a la memoria de este hombre que llegó a ser doctor honoris causa de las universidades europeas sin haberse formado en ellas al igual que Galileo. Sobre su tumba se ha levantado un pequeño templo dórico con cuatro columnas en cuyos frisos hay escenas de los textos homéricos y de las excavaciones de Troya y en un busto, el pueblo griego le ha dedicado tres palabras: 'al héroe Schliemann', recordando que un héroe es un hombre que más allá de sus debilidades humanas y errores consiguió hacer a base de su esfuerzo personal más que otros hombres.

Quizá el gran mensaje que nos puede aportar este singular personaje es que más allá de su tenacidad, supo soñar con héroes y quizá por eso tuvo un vida heroica, recordándonos la importancia de mantener también vivos nuestros mejores sueños, de aprender a incorporarlos en nuestra vida más allá de las obligaciones, porque quizá quien no sepa soñar tampoco sabe vivir.

BIBLIOGRAFÍA

- [1] W.C. CERAM: *Dioses, Reyes, Tumbas y Sabios*
- [2] HEINRICH SCHLIEMANN: *Autobiografía*